

II

EXPLICACIÓN

El 6 de junio se dispuso una batida de las alcantarillas. Temíase que los vencidos se refugiasen en ellas y el prefecto Gisquet fué encargado de registrar el París oculto, mientras que el general Bugeaud barría el París público; doble operación que exigió una doble estrategia de la fuerza pública, representada arriba por el ejército y abajo por la policía. Tres partidas de agentes y de poceros exploraron el muladar subterráneo de París: la primera, la orilla derecha; la segunda, la izquierda, y la tercera, la *Cité*.

Los agentes estaban armados de carabinas, machetas, espadas y puñales.

Lo que en aquel momento reflejaba la luz sobre Juan Valjean, era la linterna de la ronda de la orilla derecha.

Esta ronda acababa de visitar la galería curva y los tres callejones sin salida que se encuentran debajo de la calle del Cuadrante. Mientras la ronda registraba estos callejones, Juan Valjean había tropezado con la entrada de la galería, y viendo que era más estrecha que el pasillo principal, no penetró en ella, sino pasó adelante. Los de la policía, al dejar la

galería del Cuadrante, habían creído oír ruido de pisadas en la dirección del albañal del centro. Eran, en efecto, las pisadas de Juan Valjean. El sargento que mandaba la ronda levantó la linterna y todos se pusieron á mirar, en medio de la niebla, hacia el lado de donde procedía el ruido.

Para Juan Valjean fué aquel un minuto de indecible angustia.

Felizmente, aunque él veía bien la linterna, ésta le veía á él mal. La linterna era la luz y él la sombra. Hallábase él muy lejos y confundido en el fondo obscuro del subterráneo. Arrimóse á la pared y se detuvo.

Por lo demás, Juan Valjean no tenía cabal idea de lo que se movía á su espalda. El insomnio, la falta de alimento, las emociones, le habían hecho pasar también á él al estado de visionario. Veía un resplandor y, junto á este resplandor, larvas. ¿Qué significaba aquello? No lo comprendía.

Habiéndose detenido Juan Valjean, el ruido cesó.

Los hombres de la ronda escuchaban y no oían; miraban y no veían. Consultaron entre sí.

Había entonces en aquel punto de la alcantarilla de Montmartre una especie de encrucijada, llamada *de servicio*, que se ha suprimido luego á causa del pequeño lago interior, formado allí por las aguas llovedizas de las recias tormentas. La ronda pudo agruparse en esa encrucijada.

Juan Valjean vió aquel corro de larvas, cuyas cabezas de sabuesos se acercaban y parecían cuchichear.

El resultado de la conferencia celebrada por los perros de guardia fué decidir que se habían engañado, que no había habido ruido, que no había allí nadie, que era inútil internarse en el albañal del centro, que sería perder el tiempo; pero que con-

vendría darse prisa á ir á Saint-Merry, pues si había algo que hacer y algún *bousin got* (republicano) que rastrear, era hacia aquella parte.

De vez en cuando los partidos echan nuevas sue-
las á sus antiguas injurias. En 1832 la palabra *bousin
got* era el punto de enlace entre la palabra *jacobino*,
ya olvidada, y la palabra *demagogo*, casi inusitada
á la sazón y que después ha servido tan bien.

El sargento dió la orden de torcer á la izquierda,
dirigiéndose á la vertiente del Sena. Si les hubiese
ocurrido dividirse en dos partidas y marchar en
opuestos sentidos, Juan Valjean habría caído en sus
manos. Esto pendió de un hilo. Es probable que las
instrucciones de la prefectura, previendo el caso de
un combate, y suponiendo á los insurrectos en gran
número, prohibiesen á la ronda fraccionarse. Los
sabuesos, pues, se volvieron á poner en marcha, de-
jando tras de sí á Juan Valjean. De todo aquel mo-
vimiento, éste no percibió más que el eclipse de la
linterna, que se ocultó repentinamente.

Antes de irse el sargento, para tranquilidad de la
conciencia de la policía, descargó la carabina en la
dirección del sitio que ocupaba Juan Valjean. La
detonación rodó de eco en eco en la cripta, como el
bordorigmo de aquella tripa titánica.

Un pedazo de yeso que cayó en el arroyo, é hizo
saltar el agua á pocos pasos de Juan Valjean, le ad-
virtió que la bala había dado en la bóveda, encima
de su cabeza.

Pisadas lentas y á compás resonaron por algún
tiempo en el zampeado, desvaneciéndose á medida
que se aumentaba la distancia; en seguida el grupo
de formas negras se perdió en la sombra: una luz
osciló bosquejando en la bóveda un arco rojizo que
decreció y luego desapareció. El silencio volvió á ser
profundo, la obscuridad completa, la ceguera y la

sordera se posesionaron otra vez de las tinieblas, y
Juan Valjean, no osando moverse, permaneció bas-
tante tiempo respaldado contra la pared, con el oído
atento, la pupila dilatada, mirando alejarse aquella
patrulla de fantasmas.

III

LA DOBLE CAZA

Preciso es hacer á la policía de aquel tiempo la justicia de decir que, aún en las circunstancias públicas más graves, cumplía imperturbablemente su deber de inspección y vigilancia. Un motín no era á sus ojos un pretexto para aflojar la rienda á los malhechores y descuidar la sociedad por la razón de que el gobierno estaba en peligro. El servicio ordinario se desempeñaba, no obstante las tareas extraordinarias y sin resentirse lo más mínimo. En medio de un incalculable acontecimiento político, ya principiado, bajo la presión de una revolución posible, no distraído por la insurrección ni por la barricada, el agente seguía la pista al ladrón.

Algo parecido á esto sucedía por la tarde del 6 de junio á orillas del Sena, en el ribazo de la izquierda, un poco más allá del puente de los Inválidos.

Hoy ya no hay allí ribazo. El aspecto de aquellos parajes ha cambiado.

En el ribazo, dos hombres, separados por cierta distancia, parecían observarse, evitándose mutuamente. A medida que el que iba delante procuraba alejarse, ponía el que iba detrás empeño en vigilarle de más cerca.

Era á modo de una partida de ajedrez que se jugase de lejos y silenciosamente. No parecían hostigarse; los dos caminaban despacio, como si cada cual temiese, apresurándose demasiado, que su compañero avivase el paso.

Hubiérase dicho un apetito tras una presa, sin mostrar intención deliberada. La presa era socarrona y estaba sobre aviso.

Observábanse las proporciones debidas entre la garduña perseguida y el perro perseguidor. El que procuraba eclipsarse tenía mala traza y una figura raquítica, y el que quería echarle el guante era de elevada estatura y duro aspecto, y denotaba ser sumamente hurano.

El primero, como más débil, evitaba encontrarse con el segundo; pero al mismo tiempo estaba furioso; los que hubieran podido examinarle de cerca, habrían visto en sus ojos la sombría hostilidad de la fuga y la amenaza del miedo.

El ribazo se encontraba desierto; no pasaba nadie por allí, ni siquiera se veía al barquero ó al descargador de leña en los barcos chatos amarrados acá y allá.

No se podía distinguir bien aquellos dos hombres sino desde el muelle de enfrente y, contemplados así, el que iba delante hubiera aparecido como un ser erizado, haraposo y oblicuo, inquieto y tiritando bajo una blusa remendada, y el otro como un personaje clásico y oficial, con la levita de la autoridad, abrochada hasta la barba.

El lector conocería quizá á estos dos hombres si los mirase más de cerca.

¿Qué fin se proponía el último?

Probablemente suministrar al primero ropa de abrigo.

Cuando un hombre vestido por el Estado persi-

que á otro hombre andrajoso, es con el objeto de convertirle en hombre vestido también por el Estado. La cuestión está en el color. El traje azul se considera glorioso; el encarnado es desagradable.

Hay una púrpura que procede de abajo.

Sin duda algún disgusto, alguna púrpura de este género es lo que el primero deseaba evitar.

Si el otro le permitía ir adelante y no se apoderaba de él aún, era, según las apariencias, con la esperanza de verle dirigirse á alguna cita significativa y á algún grupo que fuese buena presa. Designase esta difícil operación con la frase: seguir á la deshilada.

Lo que hace probable esta conjetura, es que el hombre de la levita abrochada, divisando desde el ribazo un coche de alquiler que iba vacío, indicó algo al cochero. Este comprendió, y conociendo evidentemente con quién se las había, cambió de dirección y se puso á seguir poco á poco, desde lo alto del muelle, á aquellos dos hombres. De esto no se impuso el personaje de mala traza que caminaba delante.

El coche iba junto á los árboles de los Campos Elíseos, y por cima del parapeto se veía pasar el busto del cochero con la fusta en la mano.

En una de las instrucciones secretas de la policía á los agentes, se lee este artículo:—«Tener siempre pronto un carruaje de plaza por si se necesita.»

Maniobrando cada cual por su parte con una estrategia irreprochable, acercábanse aquellos dos individuos á una rampa del muelle que descendía hasta el ribazo y permitía á los cocheros, á su vuelta de Passy, llevar al río los caballos para que bebiesen. Esta rampa se ha suprimido después, por exigirlo así la simetría. Los caballos se mueren de sed, pero se recrea la vista.

Era de suponer que el hombre de blusa subiría por la rampa, á fin de intentar evadirse en los Campos Elíseos, sitio lleno de árboles, pero en cambio muy frecuentado por agentes de policía y donde el otro hallaría fácilmente quien le ayudase.

Este punto del muelle dista muy poco de la casa traída de Moret á París en 1824 por el coronel Brack y denominada casa de Francisco I. Cerca hay un cuerpo de guardia.

Con gran sorpresa del que le observaba, aquel hombre no tomó por la rampa del abrevadero, sino que continuó avanzando por el ribazo junto al muelle.

Evidentemente su posición se iba poniendo muy crítica.

¿Qué haría, á menos de no arrojarle al Sena?

Ya no había forma de volver á subir al muelle; ni rampa, ni escalera, y estaban próximos al sitio, señalado por el ángulo del río hacia el puente de Jena, donde el ribazo, cada vez más estrecho, acababa en lengua delgada y se perdía debajo del agua. Allí iba inevitablemente á encontrarse bloqueado entre el muro perpendicular á la derecha, el río á la izquierda y enfrente y detrás la autoridad.

Es verdad que la conclusión del ribazo estaba oculta á la vista por un montón de escombros de seis ó siete piés de altura, producto de no se sabe qué demolición. Pero ¿esperaba aquel hombre poderse esconder útilmente en un sitio donde, para descubrirle, bastaba dar la vuelta al montón? El medio hubiera sido pueril. Ni podía pensar en ello, pues la inocencia de los ladrones no llega á tanto.

Aquella aglomeración de ruinas formaba al borde del agua una especie de eminencia que se extendía como un promontorio hasta la muralla del muelle.

El hombre perseguido llegó á la pequeña colina y la dobló, cesando entonces el otro de verle.

Este último aprovechó el momento en que ni veía ni era visto, y dejando á un lado todo disimulo, se puso á caminar con rapidez. Pronto estuvo junto á los escombros y dió la vuelta al montón, deteniéndose en seguida asombrado. El hombre á quien perseguía no estaba allí.

Eclipse total del hombre de blusa.

El ribazo apenas contaba, desde el montón de escombros, unos treinta pasos; sumergíase luego en el agua que se estrellaba contra la muralla del muelle.

El fugitivo no hubiera podido arrojarse al Sena, ni escalar el muelle, sin que le viese su perseguidor. ¿Qué se había hecho, pues?

El hombre de la levita abrochada caminó hasta la extremidad del ribazo y permaneció allí un momento pensativo, con los puños apretados y registrándolo todo con los ojos. De improviso se dió un golpe en la frente, pues acababa de percibir, en el punto donde concluía la tierra y empezaba el agua, una reja de hierro gruesa y baja, cimbrada y provista de una enorme cerradura y de tres goznes macizos. Aquella reja, especie de puerta en la parte inferior del muelle, daba al río, lo mismo que al ribazo. Por debajo pasaba un arroyo negruzco que iba á desaguar en el Sena.

Al otro lado de los pesados y mohosos barrotes se distinguía una especie de corredor abovedado y obscuro.

El hombre cruzó los brazos y miró la reja con el aire de una persona que se echa en cara algo.

Como no bastaba mirar, trató de empujarla, la sacudió y la reja resistió tenazmente. Era probable que acabasen de abrirla, aunque no se hubiese oído

ruido alguno, cosa rara tratándose de una reja tan llena de herrumbre; en todo caso no quedaba duda de que la habían vuelto á cerrar; y esto probaba que la persona para quien había girado sobre los goznes, tenía no una ganzúa, sino una llave.

Pronto esta evidencia asaltó el espíritu del hombre que se esforzaba en violentar la reja, pues prorrumpió indignado en el siguiente epifonema:

—¡Esto pasa de raya! ¡Una llave del gobierno!

Luego, calmándose inmediatamente, expresó todo un mundo interior de ideas, con esta bocanada de monosílabos, pronunciados casi irónicamente:

—¡Ta!, ¡ta!, ¡ta!, ¡ta!

Dicho esto, esperando, no se sabe si ver salir al de la blusa ó entrar otros, se puso en acecho detrás del montón de ruinas, con la paciente rabia del perro de muestra.

Por su parte el carruaje de plaza, que seguía todas sus evoluciones, se paró junto al parapeto. El cochero, previendo que no sería cosa de uno ni de dos minutos, ató el saco de avena al hocico de sus caballos; ese saco tan conocido de los parisienses, á quienes los gobiernos, sea dicho de paso, suelen ponerse. Las pocas personas que atravesaban el puente de Jena, volvían la cabeza antes de alejarse, para mirar un momento aquellos dos pormenores del paisaje inmóviles; el hombre en el ribazo y el coche en el muelle.